Junio 21 de 1885 BUENOS AIRES Año I - N° 45

EN LA CAPITAL

Por mes . . . . $ m/n 0.40
Por trimestre . . . . « « 1.00
Número suelto . . . . « « 0.10

Vengan cien mil suscriciones
Y fuera las subvenciones

No se escapa de una zurra
El sacristan que se escurra

DON QUIJOTE

Ya hemos echado colmillos
Para morder á los pillos

No consiente DON QUIJOTE
Que ninguno lo alborote

EN EL INTERIOR

Por mes . . . . $ m/n 0.50
Por trimestre. . . . . « « 1.50
Número suelto . . . . « « 0.20

Este periodico se compra, pero no se vende

LA CORRESPONDENCIA Á NOMBRE DEL DIRECTOR | REDACCION ANONIMA | Direccion y Administracion: BUEN ORDEN 88 (altos)

Domingo Reviento

Allá por el año 20, la fecha es algo atrazada; pero no importa; por el año veinte decimos, nadie preguntaba á los ciudadanos argentinos, ¿por qué usaban uniforme.

Cada prójimo se ponia el que mas cuadraba á sus gustos, y así se veían individuos que no habian faltado á un almuerzo en su casa, con uniforme hasta de príncipes.

D. Domingo Reviento, era entonces muchacho, pero por lo mismo talvez, se había apoderado de su cabeza juvenil, un género de locura, que llamaremos militar.

Los primeros pesos que alcanzó cinchando y arreando mulas, los gastó en un uniforme militar, en cuanto llegó á Chile.

El sastre no era escrupuloso, pues aunque comprendió que no tenia ante sí á un parroquiano del ejército, sino á un patan bastante nafio, se dispuso á confeccionar el disfraz.

—¿Que graduacion es la del señor? preguntó.

—Soy capitan del ejército argentino.

—¡Y tan jóven!

—Sirvo desde la edad de siete años.

—¿A quién? preguntó el sastre con sorna.

—A mi patria.

—¿Cómo viste el ejercito argentino? ¿A la francesa, ó á la inglesa?

—Vestimos á la francesa.

—Entonces aquí tiene Vd. el modelo, dijo el sastre dándole un figurin al parroquiano.

—No me gusta.

—¿Es de infanteria el señor capitan ó *pertenece á la caballeria?*

—No; soy de las tres armas; pero quiero uniforme de caballería, igual al que llevaba Marco Aurelio en la batalla de Pavia,

—No conozco á ese oficial, ni la batalla que Vd. me nombra.

—Largas serian las esplicaciones que tendria que darle, para que Vd. me entendiese, no siendo militar; pero baste decirle, que Marco Aurelio fué compañero de D. Juan de Austria, y que la batalla de Pavia, se dió en la Rusia, por los años de 1791.

El sastre se quedó con la boca abierta, al oir tales noticias históricas de los labios de un muchacho que parecia tan ordinario, y le presentó todos los figurines que tenia.

—Este quiero; igualito, dijo Reviento, poniendo el cabo del rebenque, sobre un uiforme de Mariscal de Francia.

—¡Pero este es de Mariscal! esclamó.

—Así lo quiero.

—Muy bien señor capitan. ¿Para cuando lo necesita?

—Inmediatamente, porque vuelvo para mi pais, á recibirme del ejército.

El sastre se descubrió con respecto y dijó: Dentro de cinco dias está pronto.

Reviento se despidió y fué á dar pienso á las mulas, mientras se imaginaba el efecto que haria entre los muchachos de San Juan su presentacion, con tal uniforme.

A los cinco dias fué á ver al sastre.

—¿Ya está?

—Si señor; será bueno que se lo pruebe antes de llevarlo.

—Vamos á ver.

—Por aquí señor capitan.

Reviento se halló en un cuarto solo, y frente á un espejo.

Se probó el uniforme; se miró bien en el espejo y volviendo á ponerse el de arriero, se dirigió al mostrador.

—¿Cuánto vale?

—Trescientos patacones.

—Me parece mucho. Los que me hace mi sastre me los cobra á cien pesos.

—Observe señor, que es un uniforme de Mariscal.

—Esta bien, tome Vd. cien pesos y el Sábado mande á cobrar el resto á la Legacion Argentina, que daré órden al Ministro para que pague y recoja el recibo.

El sastre no contestó y Reviento se fué con el uniforme.

Esa madrugada emprendia el viaje de retorno para San Juan.

El primer Domingo, despues de la llegada, corrian todos los vecinos hácia la plaza para ver á Dominguito Reviento con un traje *imposible*, y las preguntas se sucedian entre el percance.

Uno de los mas osados, se le acercó y sacándose el sombrero le preguntó:

—¿Tú no eres Domingo el arriero?

—Soy el capitan Reviento perteneciente al ejército chileno.

El curioso se retiró y fué á decir á sus amigos, que *Dominguillo* habia ganado aquel uniforme en una batalla que acababa de tener lugar en Chile.

—¿Y qué batalla, pues?

La batalla Trafalgar, pues.

La contestacion satisfizo á todos.

Los sanjuaninos de aquel entonces, que no eran muy versados en milicia, empezaron á darle indistintamente los grados de capitan, comandante, coronel y hasta hubo quien llevó la exageracion hasta titularlo general.

Por mas que los grados fueran de boca y el uniforme del sastre, Dominguito no se apeaba del burro: se creia militar y no habia que hacerle.

Su padre que no era hombre de farras, visto que su hijo, en vez de cinchar y arrear mulas, solo se ocupaba de andar vestido de mojiganga, le retiró su proteccion, diciéndole que no contase con casa ni mesa, mientras no cobrase el juicio.

El hambre aprieta lo mismo bajo el uniforme de Mariscal, como bajo la chaqueta del arriero y D. Domingo, como ya se hacia llamar, cuando prescindía de su gerarquía militar, pensó en abrir una escuela.

Los que sabian que el pretendido maestro, apenas sabia leer, se reian; pero otros apoyaban las pretensiones del militar y poco despues se abrió una escuela donde Reviento enseñaba á escribir *dictado* de este modo: *Diptado, corregion, escribtura, arimetica, guebos, jeorgafia, dragmatica* y algunas otras palabras por el mismo sistema El pueblo estaba admirado de tanta sabiduria en un muchacho que solo habia aprendido á lidiar con mulas.

Las viejas decian que una bruja lo habia tomado bajo su proteccion, al pasar la cordillera, y que para el muchacho no habia nada desconocido.

Entre tanto Dominguito iba llamando la atencion de su propio padre, que empezaba á arrepentirse de haberlo tratado tan duramente.

—¡Sabe mucho! decian esos infelices que han nacido para fabricar reputaciones, por medio de *pavadas.*

Dominguito sin embargo, ganaba poco y le parecia estrecho aquel pueblo para sus aspiraciones.

Despues de algunos años se vino á Buenos Aires; pero ya antes habia encargado un uniforme nuevo, igual al primero, que se habia envejecido.

Llegó á esta ciudad, y dirigió una docena de cartas á Rosas firmando con el *añadido* ó *apodo* de capitan, en las que se le ofrecia para todo y con especialidad para concluir con el unitarismo, que él solo sabia donde tenia el nido.

Rosas preguntó si alguien conocia al capitan Reviento y nadie le dió noticias de semejante oficial.

Uno de los muchos dias que pasaba frente á la casa de Rosas, este preguntó, que general era aquel.

—Es el mozo que parece loco, y que escribe á V. E., firmando capitan.

—Avíselo Vd. que mañana á las diez, será recibido en audiencia.

Rosas mandó vestir de brigadier á D. Eusebio y esperó que se presentase el capitan vestido de Mariscal.

—Adelante compañero, dijo don Eusebio, al ver entrar á Reviento.

Me dicen que vos andáis por verme.

—Quiero ver al General Rosas.

—Yo soy, dijo el loco don Eusebio, su Ministro general. Sientáte.

—Reviento se sentó y dijo:

—He escrito unos memosílabos al General Rosas, sobre mis planes de campaña.

—Los hemos revisao con el General, y están de rechupete.

—Vos harás la campaña contra los unitarios, siendo yo tu segundo. ¿Qué grande tesis?

—Soy comandante del ejército chileno.

—Yo soy Brigadier del ejército argentino; pero como vos tenéis planes y yo no tengo, el General quiere que mandéis el ejército.

—¿No podré ver al General antes de la espedicion?

—El me encarga que te diga que ha de conferenciar con vos en el campamento; que la tropa está lista para marchar mañana. A las cuatro de la tarde te presentás á recibirte del mando. Tenéis caballo pronto y todo.

—Reviento no dudaba de nada. No conocía á don Eusebio y lo tomó por Brigadier.

Al dia siguiente á las cuatro, estaban formadas las tropas y Rosas al frente de ellas.

Dos asistentes, tenian dos caballos lujosamente enjaezados, de la rienda, uno para Reviento y otro para don Eusebio.

En cuanto llegó Reviento empezaron los vivas, y el General Rosas, fué derecho á él, le estrechó la mano y le dijo:

—Señor General, aquí está el ejército que pongo á sus órdenes, para que acabe con los salvajes. En sus espertas manos pongo el porvenir y la paz de la Nacion.

Soldados he aquí el que os vá a llevar á la victoria!

—¡Viva el general Reviento!

—¡Viva!

—¡Viva el Brigadier don Eusebio!

—¡Viva!

—Ahora mis amigos á caballo y en marcha, dijo Rosas.

Los asistentes aproximaron los caballos y Reviento montó apresuradamente para dirigir su proclama á las tropas; pero en el momento que el caballo sintió el cuerpo de un ginete sobre la montura, empezó á *corcobear* y héteme aquí al Mariscal entre el barro.

Levantose con una figura lastimosa, al tiempo que don Eusebio arrojado tambien del lomo de su caballo, iba á caer al mismo paraje.

La tropa prorrumpió en estrepitosas carcajadas, mientras Rosas invitaba á los Generales á volver á montar á caballo.

Don Eusebio se reia y Reviento temblaba como una caña, sin atreverse á dar un paso.

Habia comprendido la burla.

—Si están molestados, podemos aplazar para mañana la partida, dijo Rosas.

Los tambores batieron marcha y el pequeño ejército se alejó, dejando á los dos generales á pié y embarrados.

Al dia siguiente salia huyendo Reviento, y no paró hasta Chile.

En cuanto llegó, fué á una imprenta y dijo que era emigrado argentino, escritor de gran valia y coronel.

El director del diario tragó el embuste y le dijo que podia escribir en su diario.

Reviento escribió tales cosas, que no se podian leer.

Lo llamó el redactor y le dijo:

—Señor, debe hacer mucho tiempo que usted no escribe, porque esto está turbio.

—Lo que yo entiendo como nadie en el mundo es la cosa de las escuelas.

Hágame ocupar en eso y verá quien soy yo.

El redactor no dió crédito á la insinuacion: acababa de apercibirse que se trataba de un loco.

Reviento iba todos los dias; rogaba, pedia y fastidia-

Vida de YO, el afamado General Sarmientizado.

Despues de Dios... Dn Domingo
Quien lo dude, es un tilingo.

Fueron sus progenitores
Los dos Gorilas mayores.

Ganó siendo chiquitito
La batalla del Piojito

Cruza de arriero, los Andes.
En pos de pichinchas grandes.

Abre en Chile un Seminario
Y se muestra sanguinario.

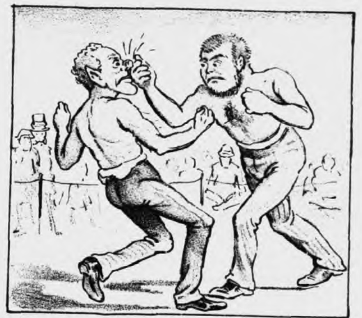
Contándoles paradojas
Somete a los Pieles Rojas

Como la suerte le sopla
Se marcha a Constantinopla.

Sabe el Sultan que es un gallo.
Y le regala un Serrallo.

Quiere el Bey hacerle Eunuco
Y huye en traje de Kalmuko.

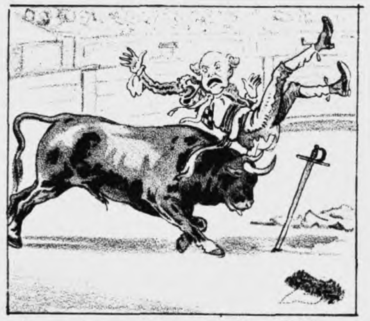
A Italia toma el portante
Y se alista de Brigante.



Se hace en Londres Boxeador.
Y aprende a ser luchador.

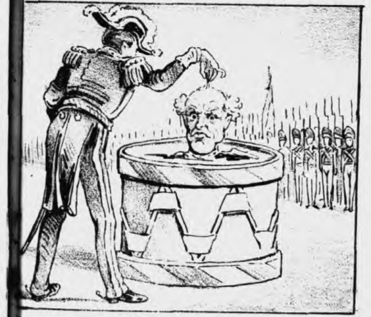
Proteje á los animales.
Cual si fueran sus iguales.

Para visitar España
Se puso de esta calaña



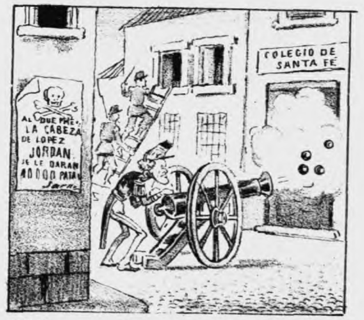
Le coje un toro a Faustino
Por torear por lo fino.

Vuelve al Rio de la Plata.
Con un parche en la culata.



Le saca a Gobernador
Arredondo, de un tambor.

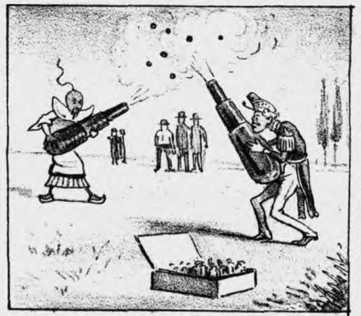
Como se alzó de tan bajo
Se hinchó como un renacuajo.



Dá un estupendo pregon.
Y en un colegio malon

Los Guerri le dan espanto
Y se encomienda á su Santo

Toma ochenta mil morlacos
Para publicar libracos.



Con el chino, de esta suerte
Se bate.. ¡A PRIMERA MUERTE!

Puso despues una agencia
Sin rival ni competencia.

Quiere afeitarse el muy bobo.
Y entra en la boca del lobo.

El Barbero que es un truhan
Le rebana el pasapan.

Demócrito

ba con tal ahinco, que el director del diario, aburrido, concluyó por recomendarlo á la Junta de Escuelas.

—¿Pero qué rústico nos mandó usted? le decian despues los miembros de la Junta.

—Me dice que conoce ese ram ; es emigrado y coronel, y debemos protejerlo.

—¡Si hay que enseñarle á leer!

—Como ha de ser, tengan paciencia: váyanlo cepillando y ayúdenlo á que viva. Es una caridad que se hace á un pobre.

Un dia el protector de Reviento se halló con su protejido en la calle y le dijo:

Parece que tambien se olvida usted de la pedagogia.

—Que, si los miembros de la Junta son unos brutos: no saben nada.

El director dió vuelta la espalda, por toda contestacion.

Empezaba á ver claro; aquel era un ignorante mal criado.

Dos dias despues hallándose reunido con sus amigos, estos le preguntaron de dónde habia sacado tal recomendado, y él les esplicó cómo lo habia conocido.

—Pues él dice que lo llevó á vd. varios artículos que vd. no comprendió, porque segun él, es vd. un ignorante.

El aludido se rió.

Llegó la alianza para combatir á Rosas, y un bueu dia se le presenta un loco, con uniforme estrafalario, al General Urquiza, pidiéndole el mando de uu escuadron, y asegurando que era coronel chileno.

El General lo miró y le dijo:

Usted no tiene facha de servir para nada. Vaya á ver al jefe de la caballada, á ver si lo quiere tomar para arrear macarrones.

—Señor, yo sé hacer boletines, y si me da una imprenta y un carreton, se lo apesto á Rosas.

—A quien vd. va á apestar es al ejército, si lo dejo entrar en él.

No señor; yo sé muchas cosas, sé contar cada mentira que mete miedo, y estas cosas se ganan á quien mas miente.

—¿Qué te parece? dijo el general Urquiza al negro que le tenia el caballo.

—Dele señor, quien sabe si este loco no sabe hacer algo bueno.

—Por empeño de éste, ¿ve? de éste; le voy á dar una imprenta y un carreton.

Ese dia corrió la noticia en el campamento, que el general Urquiza habia comprado un loco para que contase mentiras y le sirviese de diversion.

El dia de la batalla de Caseros, el carreton del loco rodaba como un ferro-carril, en direccion contraria al campo de batalla.

Cuando el general Urquiza lo mandó buscar, estaba á 15 leguas de distancia, echado de barriga entre un pajonal y el carro abandonado á una legua de las pajas.

—¿Por qué disparó vd? le preguntó cuando lo llevaron.

—De rabia, General.

—Péguenle doscientos azotes.

—No señor: por sus hijitos, por la gloria que alcanzó en esta jornada, por la patria; decia el boletinero de rodillas.

—Bueno; llévalo para asistente, le dijo al negro, el general.

—Venga amigo, dijo el negro, límpieme esas botas.

—Sí señor en el acto, contestó Reviento, mas muerto que vivo.

Al dia siguíente se desertó, y hasta hoy no se ha vuelto á ver.

No se vaya

Se nos va Don Victorino
Y tal vez no vuelva mas.
Porque al verlo tan bonito
Nos lo van á escamotear.
¿Por qué se va don Victorio
Cuando lo van á nombrar,
Presidente, por lo menos,
Del norte de la ciudad?
Vuélvase Don Victorino,
Mire que en Nápoles hay
Unos hombres muy *golosos*
Que espían la novedad.
No se lleve de consejos
De los que le quíeren mal,
Mire que á todos los chinos
Se los *fuman* por allá.
Entre todos los ministros
Que hácia el viejo mundo van
Hará usted papel tan triste
Que no habrá mas de qué hablar.
Despues de que en las finanzas,
No supo ni comenzar,
Hará usted tal diplomacia
Que será para llorar.
Empiece por la casaca,
Que se tendrá que ajustar,
Cuando ya le crece el vientre
Con un apuro bestial.
Piénselo bien, Don Victorio,
No se vaya á equivocar
Y lo dejen sin la trenza
Y mas bárbaro que vá.
Mire que se deja *aquella*,
Y se la pueden robar,
Pues quizá por eso mismo
Me lo mandan por allá.
Por mas que ella le prometa
Eterna fidelidad,
Las promesas, Don Victorio,
Son promesas nada mas.
Bien sabemos que ir á Europa
Con gran sueldo es de pensar,
Cuando ya se tiene en casa
Una renta regular.
Pero las grandes fortunas
Se suelen evaporar,
Cuando ellas están en mano
De los *Melin* y *Melan*.
Quédese, y cuide solito
De lo que pudo juntar,
A rigor de economias
Y verá que bien le va.
Quédese, Don Victorino,
Quédesenos por acá.
Oiganos este consejo,
Que nunca le pesará.

Peste pública

(Al Sr. Cura Vicario, Agustin Ghigglissa)

Atrida, no mientas, tú,
que conoces la verdad!
(Iliada, canto IV).

Padre Agustin: es necesario no olvidar aquel viejo axioma jurídico, de que es sospechoso de un crímen aquel á quien le aprovecha, *crímem cui prodest.*

¿Qué hay que admirarse, por ejemplo, que entre ellos salgan rejicidas, si el asesinato político ha sido preconizado y encomiado así duramente por todos los espíritus de la Compañía? Podria citarle á este respecto la doctrina siempre conforme de Sa, Bellarmino, Salmeron, Azor, Vazque, Suarez, Castro-Palao, Escobar, Turselino, Molina, Tabenera, Gretzer, Laymann, Colonia, Zacheira, Fejelio y tantos otros que la han encarnado en esta fórmula:

Justum Necare Reges Imoios, monograma irrisorio del *Jesus Nazareno Rez Inddorum*, que por befa y escarnio enclavaron los judios en el leño de la cruz. Mas tarde, el epigramático padre Lopez se los devolvia transformados en este otro mas verdadero:

Jesu Non Recipit Jesuitam.

¿Qué tiene entonces de extraño que los jesuitas y *sus discípulos* hayan asesinado sin piedad á los reyes cuya política no les fuese favorable? En prueba de tan monstruosa doctrida, ahí van estos hechos históricos:

Me con creto, padre de citar los rejicidios que los jesuitas cometieron en Francia, como consta de los procesos que tengo á la vista: J.J Clemet; asesinó á Enrique III de Valois, impulsado por P. Guignard, ahorcado mas tarde en la plaza del Gréve: Barriér, intenta asesinar á Enrique IV el Bearnés y tiene por cómplice inmediato al P. Varede: Juan Chatael, fanatizado por los jesuitas de la manera mas abominable, vuelve á tentar contra los dias de Enrique que antes habia escapado á la San Bartolomé, inspirada por esos mismos hombres, y del puñal de Barriér; pero que no escapó á la saña de Ravaillac, armado en su contra por el P. Cotton, como mas tarde el P. Delaunay armó la mano de Damiens contra Luis XV.

Cuando el atentato de Juan Chatel se tomaron en el colejio de Clermon los papeles del P. Guignard, y entre los destinados á exaltar hasta el delirio al alumno Chatel, á quien se educaba espresamente para el crimen, se leen frases como estas: "*El acto heróico de Clemente fué inspirado por el Espíritu Santo!*"

Mariana, en el libro escrito para la educacion del hijo de Felipe II, dice: Ultimamente se ha verificado en Francia un hecho *Insigne y Magnífico*....Clemente al dar muerte al rey, se ha hecho de un inmenso nombre *ingens sibe nomen fecit.* Ha perecido Clemente, el eterno honor de Francia!....*una fuerza superior* daba fnerza á su brazo y á su espíritu! (De Rege, libro I, cap. VI, paj. 54.)

Cuando Guillermo de Nassan murió asesinado en 1584, el fundador del colejio de jesuitas en Lovaina, compuso una oda latina *in laudem Balthazari Gerardi, Fortissimi Tyranmicideæ*, en honor del valiente asesino! ¡Sus cómplices los jesuitas lo proclamaron mártir!

En Portugal enseñaban que "*asesinato del rey no seria ni pecado venial,*" conspiraron con la familia de Távora, y dieron muerte alevosa á José de Braganza en 3 de Setiembre de 1758. Tres señores del reino fueron ejecutados, y se probó la complicidad de los padres ignocianos que no tardaron en ser espelidos. Entre los cómplices estaban los padres Moreira, Alejandro, Mathos y Malagrida, quienes mas tarde, procesados por el tribunal del Santo Oficio y sentenciado en Setiembre de 1761, fueron entregados al brazo secular y ejecutados. Malagrida, acusado de *hereje* hoguera y sin embargo los jesuitas quieren presentarlo como un santo!

"Hasta en el demonio se encuentran algunas buenas cualidades naturales" ha dicho el jesuita G. Gobatus, en su *Operamoralia*, y esto es cierto cuando se aplica á la Compañia de Jesus.

Un último rasgo, padre mio, y habré concluido por hoy. Este hecho involuntariamente me trae á la memoria, ya no á Sila y á Mario, sino á los jesuitas, mucho mas feroces aunque intervinieron en la *guerra de la Liga*. Por aquella época fué cuando instinguieron la *Cámara ardiente* ó sea el primer *Comité de salud pública*, que desoló la desgraciada Francia. En ese lugar se formaron listas de proscripcion y tablas de sangre, en que se anotaban á las personas consagradas á la venganza con las tres letras *C.P.D.* que significaban *Chassé, Dugué, Pendu; espulsado, apuñaleado, ahorcado*.

Pero ¿á que continuar, padre mio, cuando se habla á hombres mudos de corazon y de inteligencia sorda y de conciencia encallecida?

Para eso se inventó el *cabresto!*

LANZADAS

A petecion de nuesiro dibujante Demócrito publicó el «Fígaro» el dia 19 del actual la siguiente *solicitada*, que hoy trascribimos:

Señor Redactor de FÍGARO:

Ha llegado á mi conocimiento que un señor español, llamado D. Juan Bautista Perez invocando parentesco conmigo, solicita de mis amigos auxilios pecuniarios.

No tengo pariente ninguno en América, y á fin de evitar perjuicios á mis relaciones, hago esta declaracion.

Buenos Aires, Junio 18 de 1885.

Eduardo Sojo.

⁂

Ahora que el doctor Plaza, por su salida del ministerio, se encontraba en libertad, con la libertad por la libertad y sobre la libertad, se asegura que trata de vender La libertad al Sr. Lambaceres.

Que la compre, que la compre para el príncipe Celemin, que le den ese clavo, de parte del Chino.

⁂

ROMANCE ANDALUZ

¡Ole! por los mosos cruos
Que se han de tragar la tierra,
Y que han puesto ya el Consejo,
Lo mesmo, que una taberna,
¡Que de bronquis! ¡maresita!
Es una babel completa.
Los tirrimotos de España
Donde temblaron las piedras
Zon tortas y pan pintao
El Concejo lo zupera.
¡Jesus! ¡Ni er campo agramante!
Que desafios! que grescas
Allí cada ternejal
Fabla, tose, escupe y pega.
Que diga Julian Martinez
Zi he mentio en una letra
¿No le jiso osté filástica
Y me lo golvió chancleta.
Al barniabus de Aleu.
Por máula y por mala pécora?
No le dieron á osté un palo
En mitad de la mollera.
¿Al señor D. Goyo Torres
No le jincharon la jeta
Amen de tres pescosone
Porque ze metió á boquera?
Cuando digo que er Consejo
Es iguar que una taberna
Digo la pura verdad.
Pa que naide me desmienta:
Montaña fué trompicao
A Unsué le dieron canela,
Y al señor Porsel Peraita
Le rompieron treinta muelas
El probesico intendente
¡Hijo de miz entretelaz!
¡Quien lo habia de desí!
¡Que jente! ¡que chusma aquella!
Olvidando zu prozapia
Le derribaron por tierra,
Y le rompieron el frake;
Le aplastaron la galera,
Le dieron un tinteraso
Y Torres que es una hiena.
En el calor del tiberio,
Le jamó las dos orejas.
Virgen de la consepsion
Por too cuanto mas quiera
Pide á Dios, que entre en juicio
Los hombres que nos gobiernan
Y no vaya al arbenal
Una zangre tan....torera.